



Isa sin gaviotas», «avanzadilla en la estepa», «gran caldera político-cultural», «laberinto», «mito», «Fata Morgana»... estas metáforas se refieren al tema monográfico de este magazin¹⁹, la ciudad de Berlín y su Muro. Pocas ciudades como Berlín personifican toda una época, una actitud. Berlín está de moda. El escepticismo inicial ante una nueva gran capital de un «Cuarto Reich» que de nuevo mira hacia el este para relevar la provinciana y deliberadamente modesta Bonn, fiel al oeste, ha dado paso al entusiasmo general. Una capital tan cosmopolita, creativa, tolerante y relajada es capaz de reconciliar a más de un emigrante alemán con su país. Turistas y gente joven de España y todo el mundo inundan la antaño meca de artistas, bohemios, pacifistas, maricones y lesbianas, aparte de capital de la RDA, y vuelven encantados y con una imagen cambiada de Alemania.

El aire de Berlín huele a transgresión y libertad, eso es lo que la hace tan atractiva. Una libertad ganada duramente, antes y ahora. Que tiene sus raíces en los tiempos convulsos del derrumbe del Imperio, de la Revolución espartaquista y los salvajes años veinte, edad de oro de la cultura alemana con epicentro en Berlín y nombres como Luxemburg, Liebknecht, Reinhardt, Piscator, Lubitsch, Lang, Gropius, Grosz, Heartfield, Brecht, Weill... Después el Apocalipsis del nazismo y la Segunda Guerra Mundial, el trauma de la división y el baile sobre el volcán de la Guerra Fría en la isla de los inconformistas, opositores y objetores. Quien ha vivido todo esto, ya no pierde la calma por nada en el mundo, ya tiene metida la tolerancia bajo la piel y hasta los huesos. Entonces el punki mohicano con su botella de cerveza y sin billete le cede el sitio a la abuela con su caniche en el metro, la familia turca celebra su barbacoa dominical al lado de los nudistas en el parque, y late una subcultura radical en casas ocupadas, búnkeres y fábricas abandonadas al lado de los imponentes edificios de acero de las grandes multinacionales.

En el quiosco en la Schöneberger Allee la cerveza Radeberger con una salchicha de Turingia y un panecillo por dos cincuenta, y el piso en casa antigua por 500. Berlín es la ciudad más joven y barata de Alemania. Eso es calidad de vida. Berlín mola.

¿Y el este? A pesar de todo, buena vida en el «Parque Jurásico del Socialismo Real». Mucho espacio entre tienda y tienda. La propiedad común en el socialismo, que pertenecía a todos y a nadie, dejó una solidaridad, una sensibilidad para el destino compartido. Como el socialismo reducía la libertad política de las personas, pero no las explotaba como en el oeste, no había tanta riqueza, pero mucho más tiempo. Se trabajaba poco y se disponía de enormes reservas de tiempo para el paseo –al otro lado del muro–.

Sobre el muro, Joseph Beuys dijo en 1964: «Contemplar el muro de Berlín en sus verdaderas proporciones físicas lo desactiva enseguida. Mediante la carcajada interior. Destruye el muro [...]. Entonces, la atención se centra en el muro mental, y superar a éste, eso es probablemente lo realmente importante. ¿Qué parte de mi ser o el de los otros hombres ha hecho posible esta obra? ¿Qué hemos aportado cada uno de nosotros para que exista? ¿Estamos realmente todos lo suficientemente interesados en hacerlo desaparecer? ¿Qué educación antiegoísta, antimaterialista y realista recibe el joven para poder superarla algún día? En quintaesencia: el muro en sí carece de todo interés. ¡No hablen tanto del muro! Creen mediante la autoeducación una moral mejor para la humanidad, y todos los muros desaparecerán» (citado en *Let-tre International* 86. *Berlin auf der Couch. Autoren und Künstler zu 20 Jahren Mauer-fall*. Otoño 2009, S.100).

Como siempre, pedimos disculpas por el retraso en la publicación de este número y damos nuestras más sentidas gracias a todas las colaboradoras y colaboradores.

CHRISTOPH EHLERS

Coordinador de redacción

In sel ohne Möwen“, „Vorposten zur Steppe“, „Durchlauferhitzer“, „Irrgarten“, „Mythos“, „Fata Morgana“... diese Metaphern beziehen sich auf das Schwerpunktthema dieses magazins¹⁹, die Stadt Berlin und ihre Mauer. Nur wenige Städte verkörpern eine ganze Epoche, einen Mythos, eine Geisteshaltung wie Berlin. Berlin ist in. Die anfängliche Skepsis gegenüber der neuen großen Hauptstadt eines wieder nach Osten zielenden „Vierten Reiches“, die das provinzielle, mit Understatement flirtende und ganz nach Westen weisende Bonn ablöste, ist der Begeisterung gewichen. Eine so weltoffene, kreative, tolerante und lässige Hauptstadt mag manch einen deutschen Auswanderer wieder mit seiner Heimat versöhnen. Touristen und junge Leute aus Spanien und aller Welt strömen ins einstige Mekka der Künstler, Pazifisten, Punks, Schwulen und Lesben sowie Hauptstadt der DDR und kehren begeistert und mit einem ganz anderen Deutschlandbild zurück.

Die Berliner Luft riecht nach Freiheit, das ist, was die Stadt so anziehend macht. Eine Freiheit, die hart erkämpft wurde und wird. Die ihre Wurzeln hat in den aufgewühlten Zeiten des Untergangs des Kaiserreiches, der Spartakistischen Revolution, den Wilden Zwanzigern, unerreichte Blütezeit der deutschen Kultur mit Epizentrum in Berlin und Namen wie Luxemburg, Liebknecht, Reinhardt, Piscator, Lubitsch, Lang, Gropius, Grosz, Heartfield, Brecht, Weill.... Dann die Apokalypse von Nazismus und Zweitem Weltkrieg, das Trauma der Teilung, der Tanz auf dem Vulkan des Kalten Krieges auf der Insel der Nonkonformisten, Neinsager und Kriegsdienstverweiger. Wer all dies erlebt hat, der ist durch nichts mehr so leicht aus der Ruhe zu bringen, dem ist die Toleranz unter die Haut und in die Knochen gefahren. Da lässt der Flaschenbier trinkende, schwarz fahrende Irokese der Oma mit Pudel den Platz in der U-Bahn, da grillt die türkische Familie neben den nackten Sonnenbadenden im Park, da pulsiert eine radikale Subkultur in besetzten Häusern, Wagenburgen, Bunkern und Fabriken neben den stahlglänzenden Zentralen der Konzerne.

Am Kiosk an der Schöneberger Allee die Flasche Radeberger Bier mit Thüringer Rostbratwurst und Semmel für zwee Euro fuffzig, und die Altbauwohnung für fünfhundert im Monat. Das ist Lebensqualität. Berlin ist die billigste und jüngste Großstadt Deutschlands. Wir stehn auf Berlin.

Und im Osten? Trotz Allem gutes Leben im «Jurassic Park des realen Sozialismus». Viel Platz zwischen Geschäft und Geschäft. Das gemeinsame Eigentum, das allen und niemandem gehörte, hinterließ eine Solidarität, ein Gefühl für geteiltes Schicksal. Weil der Sozialismus die Menschen politisch zwar gleichschaltete, aber nicht so ausbeutete wie der Westen, war man zwar nicht so reich, aber man hatte mehr Zeit füreinander. Man arbeitete wenig und hatte unendliche Zeitreserven für diesen freien Spaziergang – hinter der Mauer.

Zur Mauer hat Joseph Beuys 1964 treffend gesagt: „Die Betrachtung der Berliner Mauer in ihren Proportionen entschärft sie sofort. Durch inneres Lachen. Vernichtet die Mauer. [...] Es wird auf die geistige Mauer hingelenkt, und diese zu überwinden, darauf kommt es wohl an. [...]. Welches Wesensglied in mir oder anderen Menschen hat dieses Bauwerk entstehen lassen? Wieviel hat jeder von uns zum Möglichsein dieser Mauer beigetragen und trägt weiter bei? Ist jeder Mensch ausreichend am Verschwinden dieser Mauer interessiert? Welche antiegoistische, antimaterialistische, welche wirklichkeitsgemäße geistige Schulung bekommt der junge Mensch, diese jemals zu überwinden? Quintessenz: die Mauer als solche ist völlig unwichtig. Reden Sie nicht so viel von der Mauer! Begründen Sie durch Selbsterziehung eine bessere Moral im Menschengeschlecht, und alle Mauern verschwinden“ (zitiert in *Lettre International* 86. *Berlin auf der Couch. Autoren und Künstler zu 20 Jahren Mauerfall*. Herbst 2009, S.100).

Wir entschuldigen uns wie gewohnt für das späte Erscheinen dieser Nummer und danken allen Mitarbeiterinnen und Mitarbeitern sehr herzlich.

CHRISTOPH EHLERS
Redaktionsleiter

